

Viaje al final de *Lunes*

Lunes de Revolución es todo un caso, y el término “caso” por lo general implica un matrimonio con su pareja “aparte”. Tal definición: la de “caso aparte”, sirve de camuflaje eufemístico a la verdadera característica que acompañó a *Lunes* desde su surgimiento en 1959 hasta su clausura en 1961, y que desde entonces lo ha perseguido hasta el presente: “problemático”. De *Lunes de Revolución* nunca se ha podido debatir con la sinceridad con la que se suelen abordar la *Revista de Avance* o las archienfrentadas *Orígenes* y *Ciclón*. Ante *Lunes* siempre habrá la obligación de tomar partido, o como titularía el *magazine* muchos de sus editoriales: “una posición”. Sobre todo si se tiene en cuenta que, posteriormente, cuando no se le borró, se rebajó su importancia al punto de la sucesiva omisión.

Durante décadas fue una moda hablar mal de *Lunes de Revolución*. “Sí, los de *Lunes*...” era casi un estigma que persiguió a sus principales colaboradores. Al menos dos generaciones siguientes se han acercado por primera vez al *magazine* escuchando repetir antes frases hechas como “los de *Lunes* fueron malos” o “*Lunes* hizo mucho daño”, a modo de advertencia o consejo de andarse con cuidado. La posibilidad que ofrece la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí de revisar la colección completa del *magazine* representa el principio del fin de una falsa reputación deudora de un pensamiento reducido, esquemático y hasta cínico. El lector, capaz ahora de palpar sus números, hojearlos y escrutarlos a su antojo, experimentará al fin la libertad de poder hacer una pregunta retórica: ¿Cuál fue el daño de *Lunes de Revolución*?

Ciertos esquemas aberrados imponen moldes prefijados. Así, el conocimiento del rol de figura tutelar que jugó Virgilio Piñera en *Lunes*, y la vinculación previa de varios de los del equipo con *Ciclón*, suele inducir a establecer una continuidad demasiado directa y a sacar de esta una línea de paternidad que le enlaza a *Lunes* como descendiente. Para apoyarlo, a veces se agrega, junto a las funciones de director de Guillermo Cabrera Infante y de subdirector de Pablo Armando Fernández –cargos que se reflejaron por vez primera en el *magazine* en su número 29 del mes de octubre de 1959–, el nombre de Virgilio Piñera, el cual nunca figuró en el machón salvo cuando corrió a cargo de “*Lunes de Revolución* en Camagüey” [n. 77] en septiembre de 1959 o

en las salidas de diciembre de 1960 y febrero de 1961 [ns. 85 y 95] copadas casi en su totalidad por la sección fija “A partir de cero”, de la que se que encargaba.

Lunes representaba, *representa*, algo más. Surgió de las páginas de *Revolución*, donde se habían alternado entre enero y marzo de 1959 tres espacios culturales: las páginas “Dos”, “Nueva Generación” (que recuperaba el nombre de una revista fundada en 1949 por Carlos Franqui con el apoyo del entonces director de Cultura Raúl Roa) y “R/en el Arte/en la Literatura/R”. Como suplemento del órgano del Movimiento 26 de Julio, *Lunes* tenía esa característica de publicación dentro de otra, con la relativa independencia que le correspondía.

No puede obviarse una lectura paralela *magazine* y *Revolución*. No solo porque en el machón del diario se incluyera junto a los cargos de director: Carlos Franqui, subdirector: Euclides Vázquez Candela, administrador: Vicente Báez (Mateo) y director artístico: Ithiel León, al “Director de *Lunes de Revolución*”: Guillermo Cabrera Infante; sino porque en el periódico se suelen encontrar numerosas aclaraciones y comentarios que demuestran su vinculación a una plataforma ideológica y a intereses políticos específicos del diario. El 4 de mayo de 1959, junto al número 8 de *Lunes* que incluía el ensayo “Panamá en la encrucijada” de Rafael Valdés Morale, una breve nota de igual título en la portada de *Revolución* lo calificaba de “notable examen interesante” de la situación panameña, pero advertía: “contiene formulaciones y establece perspectivas de desarrollo de nuestra revolución que no coinciden con el criterio de nuestro periódico, ni con los planes del Gobierno revolucionario”. También poco antes del número 37, a fines de noviembre de ese año, el diario recomendaba en la primera plana: “Lea en el próximo *Lunes de Revolución* el final del libro *La gangrena*, testimonio valiente de los patriotas argelinos torturados por la policía francesa, con fotos exclusivas de Prensa Latina; así como el artículo del poeta haitiano René Depestre «En Haití: la poesía fuera de ley», comentario sobre la detención del poeta Jean F. Brierre por los esbirros del dictador Duvalier, y otros interesantes trabajos”. También solía leerse junto al cabezal de *Revolución*: “Pida al vendedor la edición especial de *Lunes de Revolución*” o el anuncio de la inmediata salida de “A Cuba con Amor” –único *Lunes* en papel cromo y con todas sus páginas a color– catalogado de un “bello presente de la primera Navidad revolucionaria”. Se previó asimismo en *Revolución* las sucesivas entregas del 24 y 31 de julio y el 7 de agosto de 1961 dedicadas a Laos [n. 115],

Vietnam [n. 116] y la República Popular Democrática de Corea [n. 117], respectivamente. El conjunto sería rebautizado por los miembros del *magazine* –quizás por el maniqueo modo con que exponían las contradicciones de los procesos históricos de esos países– como los “números agónicos”.¹

Pero para un mayor conocimiento de *Lunes* no hay mejor estrategia que leer con cuidado el *magazine*, examinar cada pulgada de sus páginas: notas de presentación, imágenes, pies de grabados, cartas de los lectores, sus espacios en blanco, incluso; por lo general, lo que a primera vista podría parecer añadidura, suele revelarnos más información que la mucha que nos han aportado hasta ahora las descripciones de los índices de Elena Giráldez (terminado en 1977 para la Biblioteca Nacional) y William Luis (en su libro *Lunes de Revolución. Literatura y cultura en los primeros años de la Revolución Cubana*) o la investigación de Ibis Rosquete y Ricardo Moreno (*Órbita de Lunes*).

Virgilio Piñera, demostrando su atenta lectura de Proust, denominaba el “cogollito” al equipo responsable de la publicación y Humberto Arenal optaba por una manera más clara, se refería a los que “éramos definitivamente de la gente de *Lunes*”. El grupo incluía a Guillermo Cabrera Infante, Pablo Armando Fernández, Heberto Padilla, José Álvarez Baragaño, Rine Leal, Antón Arrufat –encargado del número sobre Isla de Pinos [n. 80]–, Calvert Casey –quien junto a Saul Landau organizó la “Anatomía del imperialismo” [n. 81]–, Oscar Hurtado –responsable de los homenajes a José Raúl Capablanca [n. 86] y Roberto Diago [n. 97]–, además de otros escritores cercanos como Lisandro Otero –coordinador de la entrega dedicada al arte del siglo XIX cubano y a las luchas estudiantiles en Cuba [n. 84]–, Ambrosio Fornet –que organizó los ejemplares acerca de Yugoslavia [n. 78] y la actualidad del continente africano [n. 82], Edmundo Desnoes, Fausto Masó, Jaime Sarusky y Luis Agüero.

Lunes de Revolución nunca dejó de prestar especial atención al cine. Desde sus primeros momentos recogió el texto narrativo del documental *Esta tierra nuestra*, también de la autoría del director Tomás Gutiérrez Alea [n. 15]; el ensayo de Faustino Canel –quien en lo adelante acortaría su nombre a “Fausto”– acerca de Juan Antonio Bardem [n. 17], o la portada con el predominante rostro de Boris Karloff en su interpretación de Frankenstein con el título de “El

¹ Estos tres números se atribuyen a la decisión de Ithiel León, aunque este aparezca registrado solo como encargado de la edición del 116 (junto a René Depestre) y la del 117.

rostro del Horror” [n. 21]. Siendo más recordado “*Lunes va a al cine*” [n. 94], con la memorable portada de José Lucci: el boleto rojizo y roto de entrada a una sala oscura, número al cuidado de Fausto Canel y Néstor Almendros –quien ya había dado a conocer en *Lunes* su entrevista a Cesare Zavattini [n. 44] y sus “Orientaciones para un cine experimental cubano” [n. 53]–. Ambos reunieron importantes firmas extranjeras como Gideon Bachman, Dalton Trumbo, Georges Sadoul, Arthur Miller, Simone de Beauvoir, Lionel Rogosin, André Bazin y James Agee junto a varios de los integrantes del Instituto Cubano de Arte e Industrias Cinematográficas (ICAIC): Julio García-Espinosa, Alfredo Guevara, Ramón F. Suarez, Gutiérrez Alea y Raúl Rodríguez.

José Lucci diseñaría otras dos portadas correspondientes a las entregas 101 y 110, de abril y junio de 1961, denominada la primera de ellas “*Lunes va al Teatro*”. El dramaturgo Carlos Felipe remitiría al mes siguiente una carta al *magazine*: “Puede afirmarse que no ha existido en Cuba, una organización publicitaria más generosa en el tratamiento de los temas teatrales que el periódico *Revolución*, en su esperado Suplemento de los lunes...” [n. 111] Basta señalar la constante atención a la escena cubana por parte de figuras como Virgilio Piñera, Rine Leal, Calvert Casey y Matías Montes Huidobro, y el que allí se dieran a conocer piezas como *Aire frío* [ns. 2, 9 y 11] y *El flaco y el gordo* [n. 25], *La taza de café* de Rolando Ferrer [n. 30] y los noveles Abelardo Estorino, Nicolás Dorr y Gerardo Fullea León.

No pocas “faltas” se le señalan de manera recurrente a *Lunes de Revolución*. Llama la atención que una voluntad de pluralidad que se propuso actualizar a Cuba en el pensamiento contemporáneo, José Antonio Portuondo la interpretase como una tendencia a la anarquía: “Tan pronto aparecía un número existencialista como uno prosoviético. Era algo caótico”, se quejaba.² El balance hoy es que la colección de *Lunes* bien puede leerse como una antología de la cultura cubana y de su tiempo. Visto entonces, *Lunes* sobrepasó sus funciones de suplemento cultural. Visto hoy, evidenció una comprensión más total del término “cultura”, implicándose también en los aspectos sociales, políticos y económicos tanto de Cuba como de su momento: fue tildado de “trotskista” la ocasión en que hizo coincidir el “Discurso pidiendo la condena del Rey” de Saint Just, el “Manifiesto comunista” de Marx y Engels, “La Revolución rusa” de Trotski

² En Roberto Pérez León: *Tiempo de Ciclón*, Ediciones Unión, La Habana, 1995, pág. 89.

y “Por un arte independiente” de Breton [n. 3]; abordó la Reforma Agraria en Cuba y propuso un análisis de las experiencias de los *kibutz* en Israel [ns. 14 y 15]; dedicó un número a “Puerto Rico: territorio esclavo de América” [n. 67]; su acercamiento a República Española incluyó trabajos de George Orwell, André Malraux y Arthur Koestler [n. 68]; atendió muy de cerca la situación argelina –recuérdese la entrevista a Alfred Berenguer de Heberto Padilla: “La voz de Argelia Libre” [n. 32]–; y en el encuentro con los escritores invitados como jurados al segundo concurso Casa de las Américas en marzo de 1961 –Luis Cardoza y Aragón, Juan José Arreola, José Bianco, Elvio Romero– la conversación versó sobre la actualidad política latinoamericana [n. 98].

La tirada del tabloide llegó a alcanzar los doscientos cincuenta mil ejemplares que sacaba el diario los lunes, garantizándose un público masivo sin precedentes que pudo apreciar en sus cubiertas la obra plástica de Luis Martínez Pedro [n. 37], Carlos Enríquez [n. 92], Antonia Eiriz [ns. 84 y 104-105], René Portocarrero [n. 98], Raúl Milián [n. 99] y Guido Llinás [n. 102]; que conoció otra manera de mirar la realidad a partir de los ángulos de Alberto Korda, Mayito García Joya, Ernesto y Jesse Fernández, Harry Tanner, Osvaldo Salas, Néstor Almendros, Liborio Noval, José Agraz, Orlando Jiménez Leal, Bob Taber y Leroy McLuckas; que leía los resúmenes de exposiciones que hacía desde París un joven corresponsal llamado Severo Sarduy; que experimentó la novedosa gráfica que impusieron los sucesivos directores artísticos: Jacques Brouté, Tony Évora, Guerrero, Raúl Martínez –y a intervalos Miguel (Fernández) Cutillas–, quienes lo mismo utilizaban la icónica “R” roja de “Revolución” para iniciar la palabra “Rumanía” que para voltearla noventa y ciento ochenta grados.

Ya para noviembre de 1961, *Lunes* había hecho llegar a un público mayoritario a Eugène Ionesco, Albert Camus, Natanahel West, Jorge Luis Borges, Vladimir Nabokov, Alain Robbe-Grillet, Nathalie Sarrauthe, Simone de Beauvoir, Octavio Paz, Fernando Benítez, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Carlos Fuentes; a la *beat generation*: Kerouac, Spellman, Schleifer; a los principales escritores negros norteamericanos: Richard Gibson, James Baldwin, Harold Cruse, John Henrik Clarke, Langston Hughes, Julian Mayfield, Marguerite Angelos. Su editorial, Ediciones R, había publicado los volúmenes *Cuba ZDA* de Lisandro Otero, *Poesía, Revolución del ser* de Baragaño, *Así en la paz como en la guerra* de Cabrera Infante, *Sartre visita a Cuba*, *Teatro*

completo de Virgilio Piñera, el primer tomo de *Playa Girón: derrota del imperialismo* (al cuidado de Edmundo Desoes, Ambrosio Fornet y Lisandro Otero), el *Libro de Rolando* (recopilación de los poemarios de Rolando Escardó), *Toda la poesía* de Pablo Armando Fernández, *La seiba* de Oscar Hurtado y *La búsqueda* de Jaime Sarusky. Incluso, había conseguido los derechos de la francesa Gallimard para traducir obras de su catálogo.

A *Lunes* se le atribuye una campaña de «terrorismo cultural» contra José Lezama Lima y el grupo Orígenes, extendiéndose al *magazine* los ataques literarios que les hicieran desde sus páginas Enrique Berros, Antón Arrufat, José Álvarez Baragaño y Heberto Padilla. Ataques que en verdad desbordaron hacia lo político: Arrufat en su texto “Idea de la Revolución” [n. 35] llega a plantear que la generación de Orígenes con “su quietismo, su posición aristocrática, su catolicismo estético” fue la más alta y última expresión ideológica de las clases adineradas prerrevolucionarias; a la vez que Padilla en el artículo “La poesía en su lugar” [n. 38] explica la frase de Lezama: “un país frustrado en lo esencial político puede hallar virtudes y expresiones por otros cotos de mayor realeza” con el rechazo a “participar en el drama de su país y de su tiempo”. No obstante, no debe dejarse fuera de esta ecuación el que Lezama Lima publicara en *Lunes* más de diez veces, número de colaboraciones superior al de escritores muy cercanos al *magazine* como Jaime Sarusky y Fausto Canel; o que uno de sus integrantes, Oscar Hurtado, intentara abrir los ojos de los lectores con la sentencia: “Muchos detractores ha tenido Lezama; pero ninguno lo ha hecho mejor. Ni tan siquiera igual” [n. 76]; ni que en la encuesta a veintiocho intelectuales acerca de los diez mejores libros cubanos de todos los tiempos, cuatro miembros de *Lunes*: Arrufat, Pablo Armando, Hurtado y Piñera, incluyeran en sus listas un libro de Lezama Lima, y que en el balance general “Los 10 entre los 10” terminaran figurando *Enemigo rumor* de Lezama y *En la calzada de Jesús del Monte* de Eliseo Diego, con siete votos cada uno.

También pervive el criterio de que *Lunes de Revolución* silenció a Alejo Carpentier, ridiculizó a Nicolás Guillén y atacó a Ramiro Guerra y Alicia Alonso. Ello no es más que la herencia de las afirmaciones injustificadas puestas a rodar entonces por Alfredo Guevara y recogidas en su carta del 1º de julio de 1960 al presidente de la República Osvaldo Dorticós, bajo el título “¿Qué unidad pueden defender?” Sobra decir que el prestigio de Carpentier fue siempre

incuestionable al menos en las páginas del *magazine*, no solo porque allí aparecieran sus trabajos “La música popular cubana factor de afirmación nacional” [n. 40], “En torno a los orígenes de la música cubana” [n. 87] y “El teatro cubano bufo” [n. 101] o su elogio a *Bertillón 166* como miembro del jurado que entregó el premio de novela Casa de las Américas a José Soler Puig [n. 47], sino por el peso intelectual que en la publicación concedían a una opinión suya, al punto de acudir a él en cada una de sus encuestas: “¿Por qué me gusta y no me gusta *Lunes?*” [n. 52], “¿Qué libros trataría usted de salvar?” –ante una biblioteca personal amenazada de por la bomba atómica, un rayo o la polilla– [n. 64], las dos preguntas lanzadas con vistas al Primer Congreso Nacional de Escritores y Artistas de Cuba [n. 110] y “Los diez mejores libros cubanos” [n. 126].

En cuanto a Guillén, Alfredo Guevara no aludía al perfil de su rostro portada del número 16 de *Lunes* ni a la entrevista realizada por Roberto Branly, sino al voto particular de Virgilio Piñera – parte del jurado de poesía del concurso Casa de las Américas de 1960–, donde este reveló que su compañero Guillén había optado por un libro de alto compromiso social como *Y Dios trajo la sombra* de Jorge Enrique Adoum frente a uno de mayor eficacia poética como *Poesía, Revolución del ser* de José Álvarez Baragaño [n. 47].

Es preciso destacar que en su momento ningún otro medio respaldó más al conjunto de Danza Moderna fundado por Ramiro Guerra en 1959 que *Lunes de Revolución*. Sobresale entre el amplio acompañamiento que se le hizo, el reflejo del Festival Internacional de Ballet celebrado en marzo de 1960, con suficientes fotografías tomadas por Mayito, Korda, Raúl Martínez y Ernesto Fernández; una entrevista de Arrufat a Guerra, el elogio de Calvert Casey a la labor del Teatro Nacional y el artículo de Guillermo Cabrera Infante “Ballet de Cuba” que decía: “*Mulato*, de Ramiro Guerra, es un gran momento de la escena cubana, como puede serlo *Electra Garrigó*, vista por Morín, o los cantos litúrgicos lucumíes de Argeliers León o Fernando Ortiz. Todo aquí es auténtico y todo está creado, todo parece nuevo, y todo ha estado ante nuestros ojos todos los días” [n. 53].

Si bien es cierto que en “Ballet de Cuba” Cabrera Infante advirtió en la pieza de Alicia Alonso *El despertar* “el peligro de la falsedad en el tono, de lo grandilocuente sobre lo vacío”, siguió su escrito de otros dos trabajos sin firmar que no escatiman elogios a la bailarina y que hoy es

posible reconocérselos porque en el primero, “El camino está en *Mulato*”, el autor se denomina a sí mismo “El cronista”, recurso que Cabrera Infante utilizaba desde su crítica de cine en *Carteles*; y en el segundo, el que escribe revela haberla conocido “en los días difíciles de la Tiranía”, “un mediodía de sol violento”; y de ese encuentro quedan las fotos tomadas por Jesse Fernández de Alicia en puntas de pie junto a la orilla de la playa a inicios de 1958, a raíz de un fotorreportaje sobre ella encargado por *Life en Español*. En “Un perfil de Alicia”, Cabrera Infante concluía: “Así, ella es el triunfo de la voluntad, demostrando cada día que el talento, el genio, la bondad artística no es un don divino, ni predestinación de la naturaleza o de la Providencia, sino casi siempre el éxito del trabajo sobre la indolencia, del poder de la voluntad contra la debilidad del carácter: Alicia es una gran *ballerina* porque quiere” [n. 53].

Ha llegado hasta el presente una idea tergiversada de *Lunes* que lo dota de una aureola incompatible con su carácter de suplemento del órgano del Movimiento 26 de Julio. Al arribar el *magazine* a su número 100 en marzo de 1961, su editorial aclaraba: “*Lunes* surgió con la Revolución y si ha intentado ser portavoz de las expresiones culturales cubanas, es gracias a la Revolución”. Si algo no dejó de hacer el suplemento en sus apenas tres años de existencia fue acompañar el proceso revolucionario: preparó una edición sobre la Reforma Agraria [n. 10]; un especial aparecido un domingo a la efeméride del 26 de Julio [n. 19]; cubrió la Exposición Soviética de Arte, Industria y Cultura de febrero de 1960 [n. 46] y el sabotaje al vapor La Coubre en el Muelle del Arsenal [n. 49 extra], cuyo editorial planteaba la postura de sus colaboradores: “En fin, un compromiso que no se detiene ante nada y que está dispuesto a defender con las armas nuestra posición, nuestra visión de las cosas, nuestra razón de existir, de poder volver mañana, en una Cuba libre y feliz, regresar al verso, a la novela, a la obra de arte”; conmemoró el Primero de Mayo [n. 57] y el séptimo aniversario del asalto al Cuartel Moncada [n. 69]; dio seguimiento a la estancia de Fidel Castro en Naciones Unidas en septiembre de 1960 [n. 79]; pasó revista al desfile del primero de enero de 1961 [n. 89]; y a raíz de Playa Girón [ns. 104-105 y 106-107], fungieron como corresponsales de guerra Heberto Padilla, Luis Agüero, Guillermo Cabrera Infante, Pablo Armando Fernández, Walterio Carbonell, Roberto Fernández Retamar, Ambrosio Fornet, Lisandro Otero, Oscar Hurtado, Calvert Casey, Fayad Jamís, Fausto Canel y Rine Leal.

En esos primeros años de la Revolución las polémicas en el terreno cultural eran manifestación de la lucha por el poder político de posiciones ideológicas encontradas. En la pugna entre Carlos Franqui, fundador y director del diario *Revolución*, y Alfredo Guevara, creador y presidente del ICAIC, el corto documental *PM* de los jóvenes cineastas Orlando Jiménez Leal y Sabá Cabrera Infante que financiara *Lunes*, fue el pretexto para desencadenar el enfrentamiento. *PM* centraba su atención en la espontaneidad nocturna de los habaneros en distintos bares de la ciudad, sin dar cuenta del hecho histórico: la preparación combativa de los cubanos con vistas a una inminente agresión militar por parte de Estados Unidos. La negativa de la Comisión de Estudio y Clasificación de Películas adscrita al ICAIC de exhibir la película en los cines y la confiscación de la cinta –aun después de su estreno en el espacio televisivo *Lunes de Revolución en Televisión*–, propició el debate abierto acerca de la libertad cultural en la sociedad socialista, que terminaría con las *Palabras a los intelectuales* pronunciadas por Fidel Castro en junio de 1961 en la Biblioteca Nacional y la certeza de la desaparición inminente de *Lunes*.

Pero un antecedente de *PM* lo encontramos casi un año antes, en marzo de 1960, en el número del *magazine* celebrando el carnaval de La Habana. Las fotografías de Mayito García Joya pueden seguirse como el fotograma de una película impresa en papel gaceta, acompañadas por las viñetas, no de Cabrera Infante, sino de su heterónimo G. Caín. El auspicio de *PM* y aquel número 50 del suplemento se puede interpretar como la búsqueda de *Lunes* de eso que según Louis-Ferdinand Céline asusta tanto a todos y se encuentra solo al final de la noche: el límite de cada ser humano, donde reconoce el poco control que tiene sobre sus circunstancias y el vacío que lo rodea. Muchos han calificado a *PM* como una obra intrascendente, a lo sumo destacable como un ejercicio experimental de *free cinema* o por ser el único documento fílmico existente del afamado timbalero Chori, pero tal criterio responde al visionaje del corto de una manera aislada. El verdadero valor de *PM* se comprende cuando se contrasta con la solemnidad de los documentales realizados por el ICAIC por esa misma fecha, que recogían no un documento de la cotidianidad de las personas, sino una actuación. Pero lo único absoluto es que todo es relativo. Y como broma nos queda que el resto de ese número homenajeara a Albert Einstein bajo la guía de Oscar Hurtado, con abundantes imágenes del científico y la gráfica de su $E=MC^2$, la explicación de sus aportes y hasta una conversación sostenida entre el genio y Tagore. Los

textos con los que Caín acompañara las fotos de Mayito –uno de ellos reaparecería en *Tres tristes tigres*–, casi al final, aseguraban: “Todo se acaba: el carnaval se acaba, el reportaje se acaba, la vida se acaba, se acaba el acabose”.

En *Lunes*, se percibe el afán de esa generación de jóvenes artistas ya formados al triunfo de la Revolución por encontrar una respuesta total al asunto de la posición del intelectual en la nueva sociedad. Siempre propiciaron la discusión en este sentido. En el encuentro sostenido con Jean Paul Sartre [n. 51], Fausto Masó quiso esclarecer si el compromiso del escritor se refería a la significación de su pensamiento o de su obra o a su filiación política; mientras que Lisandro Otero dirigió sus preguntas al tema del realismo socialista y su efecto en la Unión Soviética, partiendo de la duda de “por qué el realismo produce mejores obras en los países que no poseen un régimen socialista”. En otra cita, la de los amigos de *Lunes* con Pablo Neruda [n. 88], serían Jaime Sarusky y Virgilio Piñera quienes plantearon al poeta chileno las preguntas más difíciles, el primero indagando sobre cómo combatir el dogmatismo literario, y el segundo buscando precisar acerca de la libertad de creación en la Unión Soviética. Quizás el más diáfano interlocutor de *Lunes* en este asunto fue el poeta turco Nazim Hikmet, quien a la vez transmitiría en su diálogo una mayor confianza: “para un escritor honesto, no hay conflicto que no se pueda tratar, es decir, no hay conflicto que sea malo para la Revolución, o bien que no se deba tratar” [n. 109].

El desenlace de *Lunes de Revolución* fue un aborto en el que la cultura cubana resultó la principal perjudicada. Nunca como entonces en Cuba tanta cultura llegó a tanta gente, ni el “pueblo”, ese conjunto inabarcable en nombre de la cual surgen de vez en cuando terribles defensores, tuvo mayor contacto con su tiempo y con las manifestaciones culturales de su país. A la misma vez, en una sociedad que daba los pasos de la cubana, *Lunes* no podía seguir existiendo, o en tal caso, habría venido a menos. Por eso es mejor recordarlo en su rebeldía hasta último momento, al estamparle a aquella edición del 6 de noviembre de 1961 dedicada por entero a Pablo Picasso, como única ordenación, ese “número final”.

Nazim Hikmet, dirigiéndose a los integrantes del *magazine*, lanzó el vaticinio de que para 1971 *Lunes* llegaría en Cuba a un número diez veces mayor de lectores y que en todos los pueblos de la Isla conocerían el nombre de sus colaboradores. Hoy sabemos de sobra que no fue así. Que

ni siquiera la proyectada antología *Lo mejor de Lunes*, que recogería una selección de cuentos, poemas, ensayos y artículos aparecidos en el *magazine*, vio la luz. Cincuenta años más tarde, el que en estos momentos el lector se acerque al final de estas líneas, y pueda ya, sin más interrupción, empezar a leer la primera de esas ciento veintinueve entregas, fechada un 23 de marzo de 1959: “Nosotros, los de *Lunes de Revolución...*”, nos hace convenir que Hikmet en verdad sí era un sabio turco, y que después de todo, no pecó de optimista.

Carlos Velazco